

Neoliberalismo y posfascismo

Publicado originalmente en [Cuarto Poder](#)

Los distintos estudiosos del neoliberalismo consideran bajo distintos ángulos teóricos que constituye un nuevo tipo de “racionalidad” o fundamento que se va tornando incompatible con las tradiciones liberales modernas. Su característica más notable es la **transformación del ser hablante, mortal y sexuado en un ente solo considerado como “capital humano”**, el que imperativamente debe tender hacia su autovaloración permanente e ilimitada.

Esto ha implicado la aparición de nuevas figuras históricas en el escenario de la vida social: el **“consumidor consumido”**, **“el empresario de sí mismo”**, “el deudor permanente de su propia vida”, la lógica del “ganador -perdedor” en todos los pliegos más íntimos del vínculo social, la “vida matable” sin luto y sin duelo y el sacrificio colectivo sin causa alguna, sólo provocado por exigencias financieras.

En este escenario general, donde la subjetividad deviene “capital humano”, todos los pactos, procedimientos, contratos institucionales, que constituyeron a la democracia moderna ingresan aceleradamente en un proceso de licuefacción, **reduciendo a la democracia y sus instituciones a puros simulacros** que progresivamente van perdiendo su eficacia simbólica.

En este caso el famoso “estado de excepción” no procede desde una fuerza exterior que interrumpe las garantías constitucionales. Evocando una metáfora precisa de Wendy Brown “el neoliberalismo se asemeja más a una termita que a un león”. Su corrosión comienza por el interior de la estructura del edificio y con la constancia, velocidad y la eficacia de un dispositivo que ya no necesita siquiera de políticos competentes o dotados de noción de Estado o perspectivas

históricas.

Por lo mismo **nadie se reconoce como "neoliberal "**, **todo el mundo es un demócrata** que cumple con la obligación de construir un círculo inmunitario frente al hecho maldito del "populismo".

Sin duda esta es una cuestión también filosófica, todos los proyectos de la modernidad que relacionaban la experiencia de la verdad como una transformación de si y a la vez con una transformación colectiva entran en un severo colapso, el que vuelve a esas grandes apuestas teóricas y éticas en búsquedas tan necesarias y urgentes como también inciertas.

Ahora bien, ¿el Capital humano en el que deviene la subjetividad contemporánea es asignable a algún género? Indudablemente en el estrago general de un mundo sólo sujeto a la financiarización, la mujeres padecen la peor parte por su evidente lugar de vulnerabilidad histórica. Pero a la vez hay que admitir que el Capital no se sostiene en ninguna significación fija ni estable. Su eficacia como dominación se produce precisamente en esta carencia de significación estable. Por lo mismo **puede integrar a todas de forma mutante y desplazada a la constante reproducción** de sus intereses de rentabilidad. Es la diferencia clave con respecto al Amo moderno.

Esto constituye un grave problema actual para aquellas elaboraciones discursivas que aún se **proponen construir un esbozo de una lógica política de la emancipación**, que indudablemente deben, tarde o temprano, pasar de una lógica de la resistencia a una propuesta afirmativa de proyecto futuro. Cuestión sumamente espinosa en un período de la historia donde el porvenir se muestra con las señales del Apocalipsis. Incluso por difícil que sea la tarea, la cuestión de una nueva Internacional de una izquierda popular se impone.

En la complejidad de semejante panorama, **donde el capitalismo**

en su mutación neoliberal posfascista no tiene contradicciones que de modo inmanente lo conduzcan a su final, resta sólo una brecha que los proyectos nacionales, populares y emancipadores deben tener en cuenta. El neoliberalismo en la heterogeneidad cambiante de sus formas, sólo dispone de una administración económica represiva para la gobernanza sin ninguna capacidad para articular Pueblo, Nación y Estado. De allí sus inevitables apelaciones al surgimiento de una identidad xenófoba y racista. Por tanto, carece de legitimidad para construir un gobierno democrático. De esta brecha depende el futuro de la condición humana.

El machismo es un invento



Imagen por Ares

Mujer.

Es sólo un género.

Ella no es feminista, ni falta que le hace. A ella si le ayuda su novio.

Tiene 26 años y ya ha escuchado muchas veces la pregunta de por qué no tiene hijos.

Le afecta, porque sabe que se pasa el arroz y que ese es su sueño en la vida.

Formar una familia. Pero el aún no quiere. Y ella espera tranquila.

No quiere precipitarse y que se sienta obligado, no quiere perderle...

Aprieta a un hombre y querrá irse bien lejos. Dale campo para correr y querrá pastar a tu lado. Eso dice su madre... Y lleva mucha razón.

Ella es liberal, una mujer de hoy que no depende de nadie, se fueron a vivir juntos porque se quieren, y llevan 8 años juntos. No se han casado. Son muy modernos. Aunque le gustaría vestirse de lanco, algún día.

Nno le interesa la política. Aunque estando cerca de él es difícil no interesarse.

Sus opiniones suelen ser radicales, y le han enseñado mucho sobre la política y sobre la vida.

El otro día leía una crítica sobre custodias compartidas, que si los niños no son objetos, que si los bebes necesitan estar con su madre...

Egoístas estúpidas, dice el. Y ella le da la razón.

Lo hablaron a la hora de comer en la fábrica, y si el hubiese estado habrían sonado tiros.

Son todas unas egoístas, qué pasa que los padres no tienen derechos sobre sus hijos? Qué ellos se tienen que conformar con verles cada dos semanas?

Una le dijo que se notaba que no tenía hijos. Que parecía mentira que fuese una mujer.

Que rezara porque no tuviese que pasar por un divorcio con hijos por en medio.

Machista la llamó.

No quiso discutir pero lo tiene claro.

A quién? A mi me van a dejar? Pensó. A mi eso no me pasa, porque no soy una de esas golfas que piensan más en si mismas que en sus casas y sus familias.

Normal que las dejen! Yo salgo directa del trabajo a casa, a cumplir con mis deberes.

Y ya salió la lista. Sí, y también custodia compartida para los maltratadores, y claro, ella tuvo que hablar otra vez.

Porque de eso si sabe mucho, el lo repite todos los días. Cuántas denuncias falsas? Locas que quieren quedarse los hijos para ellas solas pero seguir cobrando la pasta. Viviendo del cuento.

Desde entonces hay varias de la fábrica que no le hablan.

Pues mejor. Para lo que hay que oír!

A ver si se creen que con sus mentiras va a cambiar lo que ve

a diario.

Qué lo ve! Pues qué quieren? Mismo sueldo? Pero si cuando se llena el final de la línea han de llamar a un hombre en la fábrica porque no pueden con las cajas.

Cómo van a cobrar igual si hacen menos esfuerzo?

En casa es igual, el gana más, así que tendrá que compensarle, no? Es justo cree ella.

Y aun así el es generoso y le ayuda.

Hombre, no espera que limpie los baños o lave la ropa, pero tira la basura y hace la cama. Qué más puede pedir?

Machistas dicen, pues mira, a los hombres los criamos nosotras, las madres. Lo tiene muy claro, cuando tenga un hijo le educará para ayudar en casa. Nada de vivir del cuento.

Como su hombre, que está ahí cuando le necesita, honesto y trabajador. Nada de tonterías.

Que no espera que limpie el polvo, mas le vale saber usar un destornillador.

Denuncias falsas. Anda que no hay... Porque las mujeres somos malas por naturaleza piensa. Pero malas. Si lo sabe todo el mundo. Las peores críticas son entre mujeres. En la fábrica siempre hay peleas, siempre hay conflictos, las mujeres son víboras.

Ellos también se pelean pero lo arreglan con una cerveza y al rato tan amigos. Entre ellas no hay arreglo. Siempre es igual. Y luego se quejan de los hombres.

Siempre quejándose de que si no hay seguridad para las mujeres, seguridad! Lo que no hay es decencia ya. Que esas modernidades a ella no le van, se lo puso difícil, no se entregó a la primera, solo faltaba.

Qué tipo de hombre iba a conseguir sino? En su línea hay varias divorciadas, una de ellas metió al marido en la cárcel, porque la mandó al hospital. Algo le haría, a mi que no me digan, dice su novio, y no le falta razón piensa ella.

Y eso que yo aviso, si alguna vez me pega lo mato. Pero es que yo no doy motivos. A saber que le hizo! Y no le deja ver a los

niños. Qué poca vergüenza! Le han dado la custodia a ella. Y dice que no se los deja porque podría matarlos.

Anda loca! Lo que quieres joderle la vida. Y le sacas la pasta con la excusa de los niños todos los meses.

En fin. Feministas locas. Y tanta ley de violencia de género. Lo que tienen que hacer es dejarnos votar. Porque las feministas esas hacen mucho ruido pero las mujeres "Normales" también tendríamos voto. Ni leyes ni nada. Más decencia y menos tontería. Igualdad dicen...

Si el machismo es un invento de las modernas, que no respetan su naturaleza...

Ahora sólo falta que la acusen a ella de machista otra vez, ja! Una mujer machista! Cuánta tontería!

Respira hondo



Lucía respira hondo y se alisa la falda que compró en Anne Klein no hace más de un mes. Se mira al espejo del lavabo de señoras de la segunda planta y se ve vieja y cansada. Pero sobre todo vieja. No es que los cuarenta y dos le hayan parecido nunca una cifra por la que tirarse de los pelos, sobre todo cuando eran vistos desde fuera, pero en este preciso instante siente que cada uno de ellos pesa como si pudiese recordar los trescientos sesenta y cinco días que lo conformaron. Como si de verdad ella fuese la suma y consecuencia de todo lo que le ha ocurrido en lugar de un conjunto de células que lo recuerda vagamente. Lucía respira hondo de nuevo. Su pulsera Tous (un regalo de Ernesto) tintinea cuando los ositos chocan entre sí mientras se alisa de nuevo la falda, mecánicamente. Abre el grifo y lo deja correr un poco mientras lo mira fijamente con la mente en

blanco. O en estático, para ser más exactos. Su mente es un chasquido ahora mismo. Un ordenador que ha fallado y se está iniciando (muy) poco a poco tras el pantallazo azul y el consiguiente fundido en negro. ¿Es fundido en negro un término correcto o los más tiquismiquis le dirían que es un término exclusivamente cinematográfico? Aunque no es eso sobre lo que Lucía quiere reflexionar. Es otra cosa que reprime respirando hondo. Se lava las manos concienzudamente en el lavabo, prestando especial atención a la piel a los lados y debajo de las uñas. El agua, que baja tiznada de rojo carmín, mancha el lavabo al caer desde sus manos. Lucía no es buena con las tonalidades, por mucho que le pese reconocerlo. No sabe la diferencia entre carmín, carmesí o rubí, por poner un escueto ejemplo. No es que no sepa lo que es burdeos y lo que es granate, pero a veces sí que no es capaz de apreciar diferencias entre tonalidades muy parecidas. No para de distraerse a propósito. Lucía se hace la pregunta que quiere hacerse. ¿Ha ocurrido todo realmente? ¿De verdad el señor Gutiérrez le acaba de sugerir que se la chupe? No es que Lucía no esté al tanto de ciertos rumores, claro, pero creía que eran sólo eso, rumores. Al fin y al cabo, hasta la fecha, a Lucía nunca le había ocurrido nada de ese calibre. Igual eran sus ojos y tenían razón sus amantes al decirle aquello de que “veían fuego en sus pupilas” y no era un piropo aleatorio. Piensa con una sonrisa que quizá también era verdad que tenía las tetas más preciosas que todos habían visto en su vida. Lucía escucha voces a través de la puerta del baño. En tono elevado, casi gritos. Puede que incluso sean gritos y ella los reciba apagados a este lado de la pared. Sabe que es la causante del alboroto y le parece más que bien. Desde luego más que justificado. Puede que ese gordo picha floja (aunque esto lo decía por rabia, ni sabía ni quería saber cómo era el aparato en cuestión) hubiese tentado a Nati, la secretaria, con aquel puesto de responsable de compras; o a Juani, con ese sustancioso aumento de su cuenta para gastos de empresa; pero, ¿a ella? Lucía respira profundamente mientras se seca las manos. Casi necesita hacer un *esfuerzo físico* para no alisarse

la falda. Se siente muy próxima a perder el control y no quiere que eso ocurra. Ahora lo más importante es demostrar compostura. O no tanta, pues podrían pensar que nada la había afectado. ¿Debería llorar un poco al relatarles cómo se sintió de vapuleada y miserable cuando escuchó la sugerencia del señor Gutiérrez sobre como asegurarse el puesto de directora de marketing tras la inminente salida de Gabi? No, lo mejor sería ser ella misma. Revisa en su bolso para ver si tiene tampones suficientes y vuelve a mirarse las manos. Comprueba debajo de sus uñas. Se vuelve a mirar al espejo. Cuarenta y dos años. Aunque está segura de que si se pone a contar recuerdos y a sumarlos no llegaría a recordar ni dos tercios de su vida. Su adicción al alcohol le ha pasado factura, y lo peor de todo es que ni siquiera recuerda habérselo pasado tan bien. Es decir, sí, los primeros cinco años fueron divertidos, sobre todo porque el vicio se estaba gestando, pero al fin y al cabo fueron los que transcurrieron entre sus quince y sus veinte años. ¿Cómo no iba a recordarlos como una época feliz? Aunque no lo fueron. De hecho no lo fueron para nada. Lucía piensa en el verano en que su madre se dio cuenta de que había un problema. Tenía dieciséis años. Era a mediados de Agosto y Lucía había bebido todos los días desde su graduación. Su madre le dijo que o paraba o la mandaría a un internado. Ella no paró pero empezó a ocultarse mejor. Al fin y al cabo no era tan difícil. A las doce menos cuarto exactamente su madre procedía a su habitual ritual de vaso de agua y dos *orfidales* y eso le daba a Lucía un mínimo de siete horas de libertad. Cuando Lucía cumplió los diecisiete pusieron un *paki* enfrente de su casa. Ella lo tomó como una señal. Dios la quería ebria. Y ebria estuvo cuando se marchó de casa nada más cumplir los dieciocho y se mudó a Madrid. Ebria estuvo cuando conoció a Santi y desde luego ebria estaba cuando aceptó el trabajar en su bar. Los siguientes dos años los recuerda como una semana de fiesta muy intensa. Encima descubrió que con cocaína podía beber aún más sin vomitar, ni caerse al suelo, ni acabar derramando los chupitos en la camiseta de cualquier cliente. No recuerda la noche en que

decidió dejarlo todo atrás. Ni siquiera recuerda si ya había conocido a Jaime o eso vino después. Lucía se distrae por unos segundos y pierde el hilo de sus pensamientos. Ha escuchado un grito fuera. Desde luego oye, (o le parece oír), bastante más movimiento en la puerta que hace unos instantes. Lucía respira profundamente e intenta relajarse. Se alisa la falda. Se mira al espejo. La camisa le sienta bien, sobre todo gracias a su visita a Women'Secret del mes pasado que le propició la que ha sido su mejor compra en al menos una década desde que con veinte y algún año se hizo con aquella chaqueta vaquera por menos de mil pesetas. Piensa en aquella chaqueta, y en Jaime. Y en Lucas. Y en Joaquín. En Víctor y el hotel en el que se encontraban. ¿Qué será de Víctor? ¿Seguirá bebiendo tanto? Lucía se alegra de no haber nacido con unas gónadas que le proporcionaran la cantidad de testosterona que Víctor poseía. Aunque esa era la excusa fácil, quizás. En realidad Víctor era un alcohólico con muy mal beber. Como muchos alcohólicos, aunque pueda parecer lo contrario desde fuera. No ha vuelto a verle desde que arrojó la nevera mini-bar por la ventana del Rex a las ocho de la tarde. Ella se había bebido la última botella de ginebra pese a que sabía perfectamente que a él no le gustaba el whiskey. Lucía no es capaz de recordar por qué se había bebido la botella. Supongo que en el momento le parecería divertido. Cosas del alcohol. Después piensa en Enrique y se toca la pulsera. Después respira profundamente y se alisa la falda. Enrique fue su salvador. Fue quien le convenció de que tenía que dejar el alcohol. Lucía tenía veinte y ocho años y por aquel entonces pensaba que algún día lo dejaría, pero que desde luego era demasiado joven para hacerlo en aquel entonces. Ella lo iba a dejar, claro, sólo que no en ese preciso momento. En aquellos tiempos ya era toda una profesional y tenía su adicción "a raya". Como si las adicciones su pudiesen tener bajo control. En tal caso no serían adicciones. Lucía sólo bebía cuando se ponía el sol. A veces ni siquiera le daba tiempo a tener resaca y llegaba directamente borracha a trabajar. Pero la verdad es que no se arrepentía en absoluto. Los treinta era una edad tan válida

como otra cualquiera para empezar una nueva vida. De hecho cree que le hizo muy bien. Ahora, cuando se tropieza con las caras de hastío de sus compañeros en el ascensor agradece no estar harta de aquel estilo de vida. Tampoco descartaba volver a hacer un giro radical algún día, aunque no sabía hacia dónde. Ahora le parece que está claro. Lucía siente que se avecina un nuevo cambio. Igual, cuando todo esto llegue a los medios, la llaman para hacerle entrevistas o puede que incluso dar conferencias o charlas. A lo mejor debería escribir algo sobre el machismo. O participar en algún movimiento. La verdad es que esa idea siempre había estado dando botes por su cerebro. Ahora era el momento. Lucía respira profundamente y se mira al espejo. Sonríe mientras se alisa la falda. Alguien llama a la puerta. Lucía sabe que es la policía. Sólo espera que se lo hayan llevado ya. No quiere verlo. Ni siquiera herido en una camilla. Ni siquiera derrotado por ella. No quiere verlo porque su asquerosa cara y sobre todo ese brillo en sus ojos le recuerdan a Jaime, y a Lucas, y a Mariano. No quiere verlo porque para ella ahora mismo esa cara representa todo lo odiable y vomitivo que hay en el mundo y si lo ve no sabe si podría no escupirle, no gritarle, no arañarle la cara mientras lloraba desconsolaba y le maldecía una y otra vez como si así pudiese evitar que existiese. Como si la humanidad pudiese cambiar con ese acto de renuncia, y rabiosa y pura rebelión. Agarra el pomo y piensa en qué cara poner cuando abra la puerta mientras recuerda el tacto del abrecartas en su mano. El calor de la sangre manando de la pierna. El grito. El de ella en principio, y al cabo de unos segundos, agónico y sorprendido, el de él. Lucía no fue consciente de tener el abrecartas entre las manos hasta que lo sintió clavado en el muslo de su jefe. Cuando miró vio que se había hundido hasta la mitad. Entonces había venido aquí, al lavabo. Lucía escucha susurros fuera. Saben que está en la puerta. Sigue sin saber qué cara poner. Suspira profundamente y se alisa la falda. Abre la puerta.

-La próxima vez le dirá que se la chupe a la puta madre que le

parió.-La voz de Enrique suena agresiva a través del teléfono. Lucía nunca ha visto a Enrique agresivo. Ahora lleva sin verle unos cuatro meses. Habían almorzado. Él estaba de paso en la ciudad y la llamó. Sólo almorzaron. Las palabras de Enrique le transmitían apoyo. Algunas agentes de la comisaría también le habían transmitido algún comentario que pretendía mostrarle algo parecido a la complicidad teórica. Los policías le habían dicho la verdad, estaba jodida. Nadie sabía si el señor González le había dicho que se la chupase pero lo que estaba claro es que había un abrecartas clavado en su muslo que no estaba

ahí cuando ella entró. Pero sí al salir. Jodida nivel *jodida*.

-Enrique-intentó sonar calmada-necesito un abogado.

-Tú tranquila-fue su única respuesta.-Yo me ocupo de todo.

Ya no te quiero



Ya no te quiero,
olvidé quererte como solía hacerlo,
como el puño que coge arena
y la aprieta tan fuerte,
que se le escapa de entre los dedos.
Tenía tanto amor que sobraba,
que no importaba derramarlo.

Olvidé las palabras que nos decíamos,
las promesas que migraron con las aves
y el cambio de estación
hacia un lugar donde ya no parece importar

que fuera tu sonrisa
la que un día movía el mundo,
y los atardeceres
el comienzo de algo bonito.

He olvidado más cosas
de las que me gustaría recordar.

He olvidado la manera
en la que me susurrabas al oído
la última canción antes de dormir.

Y me entristece
demasiado.

De una manera en la que me da miedo
intentar acordarme de ti,

viajarte,

y no poderme traer nada
de vuelta conmigo.

De la manera en que sabes
que no existe nada

que pueda acabar contigo
si hay recuerdos que mueren.

Que pensarte y no sentirte suena

a sucio

a traición

a infiel

y a copa de vino rota.

Que te odiaría por ello

si eso ocurriera,

si fueras tú el títere

de este circo de ilusiones esfumadas.

Que yo no te piense,
que tú no me olvides...

El juez interior encerrado en la ciudad



Reunidos en la zozobra, surgió el debate sobre la ciudad, y la relación de las gentes precarias y excluidas, el nuevo proletariado del siglo XXI, con el mundo que habitan; su interior y su exterior, la personalidad y la ciudad, lo uno y lo otro como reverso y anverso de una misma necesidad irrealizada; la necesidad de vivir. Una compañera habló de los conocidos, la gente corriente y molida vomitando esos gránulos tóxicos, como habiéndose atragantado de las entrañas de sí misma, cabezas como los fósforos apretados y fríos, cuerpos de serrín titiritero. Luego se refirió la compa a que, cuando consiguen estos conocidos marchar a ciudades más grandes, las *monstruopolis* Madrid Berlín Barcelona Londres, entonces no cambia su vida y siguen encerrados, aun habiéndose rodeado de muchas personas, pues la actitud de relacionarse con la ciudad y con los espacios públicos, habiéndose mantenido, en tales casos, muy lejos del expandirse hacia y desde los demás, muy lejos de desquitarse los colmados del irracional miedo.

Pues la ciudad nos contiene; aquella esquina y el chico que nos rechazó, el hombre que mirándonos nos dejó aquel escalofrío en el cuerpo, seco, helado y las cubiteras en la terraza del bar; bebiendo conocidos amigos entre el humo exnovios esfuerzos amores irrealizados, y por eso perdurables. Aquí estamos seguros porque la ciudad nos recuerda quienes somos; acaso si tajáramos la distancia tan corta con el nosotros del pasado, cuando éramos tan así, como los espejos colocados en los paseos y linderas, y teníamos este mismo miedo a salir a las tablas titiriteras falsas cotidianas

desconfianzas.

Tod@s llevamos dentro el juez interior, cada uno en su cajita dentro del pecho, y a veces golpea con los garrotes y viene jodiendo. El juez mío dice si... avivas la desidia, deja de ali-men-tar-la, que la vida nos decepcionó a todos, tienen que sacarse las orejeras, y desprender los cegadores trapos. ¿Defensa en el silencio y la exclusión? Ni hablar. La vida es entretenida, ya ves, cantamos todo el tiempo, aunque calleemos, dentro de nosotros estamos con la cancioncita que es una delicia desgarradora, como silbando en las entrañas, rasgando las cuerdas del viento con los dedos.

Por suerte, visten otras gentes jueces más educados y menos jode-siempre, ropajes cómodos para desenvolverse, que no acumulan el polvo de la soledad en el armario del pretérito, tampoco se desnudan enfrente del espejo como queriendo dibujarse el futuro en fantasías y Narcisos; cuentan los huevos que han ido metiendo en las cestas, y tiran y destruyen, y crean cestas cambiando su forma de entender y afrontar la vida en la ciudad.

Hannah Arendt entendía la interacción social como aquello que nos hace humanos, y mientras la acción de romper el propio pensamiento concatenado por el miedo se posterga, seguimos sin acceder a nuestro mundo, la ciudad, porque no podemos definirla ni participar de ella. L@s jóvenes precarios, las becarias y las prácticas, inmigrantes, desemplead@s no podemos participar de una ciudad a la que se accede según el nivel de renta, porque andamos fuera, no somos ciudadanos, habitantes de nuestro mundo, sino extrañ@s hasta de nosotr@s mism@s.

Mi abuela fue feminista



Mi abuela fue feminista, aunque no lo supiese.

Yo no soy feminista, aunque debe ser por pura vagancia.

Me abuela tenía camisones con ventanita.

No quiero ser feminista por haber crecido viendo sus camisones.

Porque una mujer tenía que hacerse valer, y pese a estar casada y tener dos hijos sus camisones llevaban ventanita.

Sí, una ventanita con botón a la altura de su sexo, porque el sexo no era cosa de señoras, las señoras abrían su ventanita para que su esposo se desahogara. No enseñaban su cuerpo, sucio, pecaminoso.

Qué debió pensar y sentir sobre si misma el día que disfrutó en su cama marital?

Iría corriendo a confesarse?

Sentiría repulsa sobre su naturaleza?

Y sin embargo le quería, tal vez por eso accedía a abrir su ventana a petición.

A silenciar su cuerpo.

Si me hiciese feminista y reivindicativa no se quemarían por si solos los camisones vergonzantes de mi abuela. Yo no quiero ser feminista...

Vergonzantes sí, vergüenza ajena y tristeza, que por educación, por costumbre, por haber nacido en una España distinta a la de hoy mi abuela fuese una mujer con una ventana

protegiendo un agujero que servía sólo para el placer de otro.

Vergüenza de que su cuerpo no fuese su cuerpo, de que su sexo no fuese suyo, y debiera esconderlo, omitirlo, enmudecerlo...

Yo no quiero ser feminista, no quiero tener que gritar que mi sexo es mío y no de otros.

No quiero vociferar que tengo derechos.

No quiero tener que explicar que puedo ser y hacer lo mismo que un hombre.

Yo no quiero ser feminista.

Los hombres debían serlo, porque yo puedo hacer lo mismo que un hombre. Pero un hombre no puede hacer lo mismo que yo, ellos no pueden parir.

Sí, yo puedo hacer lo mismo que un hombre, todo.

No, no es cierto, yo no podría esclavizaros a causa de vuestra triste diferencia, como seres inferiores incapaces de parir. Imposible atentar contra vuestros derechos, porque tarde o temprano, un hombre será hijo mío...

Yo no quiero ser feminista bramando por la igualdad. Porque yo no quiero perder lo que me diferencia.

Yo no quiero ser feminista y que me acusen de que discrimina positivamente a las mujeres, la consecuencia de tanta discriminación negativa es que un día para compensar la historia de la humanidad hay que actuar a la inversa. Y yo no quiero. Porque no quiero una historia que nos tergiversa y nos fragiliza.

Yo no quiero ser feminista porque significa crear movimientos que nos defiendan del machismo, y yo no quiero que exista.

Yo no quiero ser feminista, porque significa que antes mujeres como yo han tenido que inventar nombres para defenderse. Para

defenderse del miedo, miedo a ser mujer y por ello te maten, te violen, te esclavicen, te discriminen...

Exagero? No. Es histórico.

En cuántas culturas se nos ha denostado, matado, esclavizado, prohibido pensar, ser, actuar...?

En cuántos lugares del mundo ser mujer sigue siendo peligroso?

En cuántos lo normal es esconderse bajo una tela para que los hombres no sufran tentaciones? Porque ser mujer crea tentaciones, de qué? De ser violento, violador, asesino?

Yo no quiero ser feminista porque significaría que entiendo que exista ese machismo.

Que entiendo que un ser humano sea violento, asesino, violador, simplemente por ser hombre. Significaría que entiendo que haya sido durante milenios comprendido y acallado.

Que entiendo que se nos haya tratado con esas diferencias, que se haya creído que somos niñas, sin voz, voto, ni mayoría de edad.

Que entiendo que culturalmente en muchos sitios violar a una mujer es tradición, y se solventa casándola con su violador.

Yo no quiero ser feminista.

Porque no quiero tener que defender lo que creo justo.

Defender que mi hija el día de mañana sea una mujer libre, que viva, sea, folle, trabaje, participe, elija, y ame donde quiera, con quien quiera, como quiera, a quien quiera.

Yo no quiero ser feminista, aunque quisiera eliminar de la historia las ventanitas que escondían el sexo de mi abuela.

Y quiero reírme pensando, que un día se subió el camisón, y

disfrutó de su compañero, al que amaba y gritó de placer, y le oyeron los vecinos.

Y se sonrojó bajando las escaleras mientras la portera le miraba inquisitivamente.

Y sonrió al llegar a la calle pensando en que esto no lo contaría en confesión.

Y soñó que un día sus hijos romperían los camisones con ventana de sus amantes.

Y se estremeció recordando la tibieza de sus cuerpo sobre el suyo, el tacto de su sudor, el murmullo de su corazón galopando, el susurro de su respiración acompasada a la suya, mientras juntos hacían chirriar la cama...

Yo no quiero ser feminista, porque no quiero que nadie me robe ese recuerdo imaginario, que nadie le robe a mi abuela su libertad. Su lucha.

Yo no quiero ser feminista. No quiero recordar la indefensión de una mujer que quedó viuda, y sacó adelante a sus hijos a golpe de sudor, escuchando a diario:

María, que eres muy joven y guapa, búscate un hombre que te mantenga y vive.

No quiero recordar a esa mujer que no quiso vivir, porque temía que un hombre no fuese capaz de querer a sus hijos.

Porque supo que no podría encontrar un amante a la altura del que había perdido.

Porque quiso seguir adelante, porque creyó que podía hacerlo.

Porque fue fuerte, y valiente.

Porque lo hizo como lo habría hecho un hombre y no quiero que nadie le reste importancia.

Porque vivió en una época donde su viudedad le dio una libertad de la que no disponían otras mujeres. Porque vivió en un mundo donde sólo el dolor de la pérdida daba la independencia y la emancipación.

Yo no quiero ser feminista, porque mi abuela lo fue aunque nunca lo supo.

E intentó educar hijos que la respetasen y la amasen, y creyesen que el mundo no se divide por sexos, y creciesen sabiéndose iguales, y sintiéndose orgullosos de ella por querer cambiar las cosas...

No lo consiguió.

Pese a su esfuerzo, pese a su entrega, pese a años de duro trabajo, no consiguió tener más fuerza que el entorno, que el país, que el mundo.

No consiguió esa admiración de sus hijos...

Yo no soy feminista abuela.

Yo ya no lo soy. Porque si funcionó, tu ejemplo, tu esfuerzo, tu entrega no lo consiguió en tus hijos. Pero lo logró en tu nieta.

Tu fuiste el ejemplo de lucha silenciosa.

Tu fuiste la feminista que reconcilia a las mujeres de nuestra familia con el mundo.

Y yo te admiro...

Yo sí te admiro...

Yo no soy feminista, pero sigo tu lucha por el mundo, educando hombres en tu nombre, y mujeres en tu ejemplo...